

Índice

Sonidos en un piso vacío.....	9
Comunión.....	31
Monos de mar.....	45
Tres versiones de <i>El Sur</i>	61
Igual que entonces.....	75
El hombre que respondía a los correos basura..	87
Objetos personales.....	101
Las Luciérnagas.....	117
Los muertos.....	123
Anamorfosis.....	141
La Torre.....	155
«Libélula».....	165

SONIDOS EN UN PISO VACÍO

Elena y Pablo eran vecinos. Compartían el lóbrego portal, que tenía algo de caverna o vientre de ballena. Compartían el traqueteante ascensor, que a menudo encontraban averiado, y los seis tramos de escalera que conducían al segundo piso, donde ambos vivían, aunque en extremos opuestos del rellano, de tal suerte que las puertas de su casas, idénticas en todo salvo en los nombres que figuraban en la placa, se enfrentaban como si fueran la misma puerta reflejada en un espejo. Compartían también los seis metros de aire húmedo que separaban la ventana de uno de la del otro en el patio interior. Incluso compartían el tendedero, ya que las cuerdas de Elena morían donde las de Pablo empezaban, y viceversa. De hecho, con cierta frecuencia usaban las cuerdas del vecino para tender su ropa, o recogían alguna prenda del otro junto con las propias, bien por error, bien de forma deliberada, pues el hecho intrascendente de usar el mismo tendedero les hacía sentir un cálido temblor de intimidad. Elena y Pablo, en fin, compartían todas esas cosas nimias que comparten los vecinos. Aunque compartían algo más, algo que no era en absoluto habitual ni insignificante, y que los diferenciaba de casi todos aquellos que se ven obligados a vivir en las inmediaciones de varias docenas de seres humanos. Acep-

tar la existencia en vecindad presupone un cierto grado de sometimiento, la obligación implícita de rendir buena parte de nuestra intimidad a esos extraños que se nos cruzan en la escalera o que afirman sus ruidosas presencias al otro lado de los tabiques. Ser vecino comporta un sinfín de pequeñas renunciadas y humillaciones, lo que acaba por causar estragos en el ánimo de cualquiera, incluso en el de aquellos que presumen de simpáticos. Ese vecino tan cordial oculta siempre un agujijón tras su risueño «buenos días», y resulta fácil adivinar que nos enviaría al destierro o a la inexistencia si pudiera hacerlo en secreto y sin consecuencias desagradables. ¿Quién no daría lo que fuera por perder de vista a sus vecinos? ¿Qué otro sentido tienen las viviendas unifamiliares sino el de satisfacer el ansia de librarnos de esos intrusos? Para Elena y Pablo, sin embargo, su mutua cercanía no era un fastidio. Al contrario, pues ambos temblaban de emoción por el simple hecho de vislumbrarse fugazmente a través de una ventana del patio interior. Soñaban con coincidir en el rellano por las mañanas, al ir al trabajo o a la compra. Y no concebían deleite mayor que el de encontrarse en el portal y poder emprender juntos la ascensión de los seis tramos de escalera. Elena y Pablo estaban enamorados. Se profesaban un amor que era a la vez luminoso y amargo, como todos los amores que nacen sin esperanza. Elena llevaba doce años casada y tenía dos niñas. Pablo no tenía hijos, pero sí pareja. La relación de Pablo y su compañera era tan apacible y satisfactoria que, sin estar casados, parecían estarlo mucho más que la mayoría de los que han pasado por el registro. Aunque por motivos distintos, ni Pablo ni Elena habían soñado con romper sus relaciones. Deseaban que todo continuara sin cambios, y ese empeño de mantener el *statu quo* constituía la decisión capital de sus vidas. Era la pieza central del

engranaje y todo quedaba subordinado a ella, incluyendo esa pasión que los dos experimentaban con una intensidad casi dolorosa. No importaba que ambos echaran a temblar de deseo en cada encuentro. No importaba lo que ocurrió aquella vez en que el ascensor (milagrosamente) no estaba averiado y subieron juntos los dos pisos, apenas un par de minutos que fueron como una vida entera: ella absorbiendo los comentarios banales de Pablo igual que si fueran encendidas palabras de amor, él devorándola con la vista, desnudándola con la imaginación, ambos aspirando el aire del otro con la avidez de un enfermo que inhala oxígeno de una mascarilla. Sin embargo, nada de eso importaba. Tampoco que Elena evocara el rostro de su vecino cada vez que se acostaba con su marido, superponiendo las facciones de uno a las del otro, ni que Pablo pasara horas pensando en ella, y luego su jefe lo recriminara por retrasarse en entregar los informes o en cuadrar los balances. Todas esas cosas eran secundarias, porque ambos estaban conformes con sus vidas y les espantaba la idea de echarlo todo a rodar por una aventura. Habían decidido que sus vidas continuarán sin cambios visibles, y por ello su amor estaba condenado a ser reprimido, confinado varios centímetros por debajo de la epidermis, en un lugar donde el calor los abrasara por dentro, pero no pudiera irradiar al exterior. Ni Elena ni Pablo sospechaban que su vecino les profesaba una devoción equiparable a la propia. No sabían que eran puntualmente correspondidos en cada suspiro, en cada mirada de deseo, en cada una de esas fantasías que los arrancaban del sueño en húmedos y violentos despertares. Y así había sido desde el momento de su primer encuentro, aquella mañana de sábado en que Elena vio a Pablo por vez primera. Ella salía de casa con las dos niñas y él se encontraba en mitad del barullo de la mudanza, con la cara

arrebolada por el esfuerzo de acarrear muebles y el pelo revuelto y empapado de sudor. Eso había ocurrido tan sólo cinco años antes, pero para Elena fue como remontarse varias décadas en el tiempo, pues desde que había dejado atrás los confines de la adolescencia no había vuelto a sentir lo que entonces sintió. Fue como si una estrella de cine se hubiera materializado de repente en su rellano, un Mel Gibson treintañero en vaqueros y camiseta. Pablo se quedó mirando a Elena mientras trataba de introducir un sillón demasiado grande por el escueto hueco de la puerta, y le faltó muy poco para que el mueble se le escurriera de las manos y le aplastara un pie. Se sabía atractivo y estaba acostumbrado a que se fijaran en él. Había estado con muchas mujeres guapas, la mayoría de ellas aventuras de una noche, y se creía inoculado contra atracciones súbitas y caprichos momentáneos. Se sentía instalado en la madurez y, a diferencia de lo que les ocurre a la mayoría de los hombres, el pensamiento le resultaba reconfortante. Por eso no lograba explicarse los extraños desórdenes que le estaba provocando la aparición de su vecina, una mujer de aspecto agradable, pero en modo alguno fuera de lo común. Se saludaron con cautela, cada uno temiendo que el otro se apercibiera de la turbulenta reacción que había desencadenado. Tras pronunciar sus nombres, se dieron los acostumbrados besos en la mejilla, y en ese instante Elena pensó que iba a desmayarse igual que una damisela decimonónica. Pablo trató de entablar una conversación ligera y comenzó a balbucear sin poder evitarlo, precisamente él, que siempre se había sentido tan seguro con el otro sexo. Entonces se dio cuenta de que estaba empezando a tener una erección, se ruborizó y lo venció el pánico al pensar que Elena podía darse cuenta de su estado. «Bueno, perdona, tengo que seguir con este lío. Ya nos iremos viendo por

aquí», dijo con el azoramiento de un mozalbete en su primera cita. Y a renglón seguido volvió a levantar el sillón y lo hizo entrar en su piso con un último y desesperado esfuerzo. Elena avanzó hacia el ascensor como si caminara a través de una masa de gelatina. Ya en el interior, apenas acertó a pulsar el botón del bajo. «¡Mamá!», le reprochó la mayor de las niñas al observar su gesto ausente. Pero a Elena la voz de su hija le llegaba desde muy lejos. En aquel instante, lo único que existía para ella era el aroma de Pablo cuando se había acercado a besarla, el tacto de su piel y la impronta húmeda de sus labios sobre las mejillas. Justo en el mismo instante Pablo se derrumbaba sobre el sillón y trataba de encontrarle sentido a la escena que acababa de vivir. Una mujer con aspecto de ama de casa. Una vecina cualquiera con sus dos hijas. Y él a punto de sufrir una taquicardia, y no precisamente por cargar con el pesado mueble. ¿Qué sentido tiene que a uno le ocurran esas cosas en mitad de la treintena y precisamente cuando ha decidido sentar la cabeza? Le habría gustado reflexionar hasta dar con la respuesta, pero entonces oyó la voz de Julia requiriéndolo desde algún lugar de la casa y se apresuró a acudir en su ayuda. Más tarde habría tiempo para pensar en ello. Y así fue. Tanto Pablo como Elena pensaron largo y tendido sobre el prodigio de su primer encuentro. Reflexionaron sobre el asunto hasta que sus pensamientos empezaron a girar en confusos torbellinos. Pero las únicas respuestas que obtuvieron fueron las de sus cuerpos, que empezaban a vibrar como artefactos eléctricos cada vez que el nuevo vecino entraba en su campo visual, y a la postre tuvieron que resignarse y dejar de buscar explicaciones. Podía tratarse de un problema hormonal, de un trastorno psíquico o de algo más místico y trascendente. La cuestión es que ambos estaban furiosamente enamorados

sin que el otro lo sospechara, y que su estado parecía permanente. De modo que decidieron aceptar la situación y acostumbrarse a vivir con ella. Y de este modo habían transcurrido varios años. El termómetro de sus sentimientos no había descendido ni un solo grado desde su primer encuentro y ambos seguían amándose del mismo modo extremo y desesperado. Sin embargo, habían aprendido a incorporar su pasión a sus rutinas diarias como si se tratara de una enfermedad crónica para la que no existiera más tratamiento que la resignación y el hábito. Pasión y costumbre pueden parecer conceptos paradójicos, pero siempre se ha dicho que el ser humano es el más adaptable de los animales, y del mismo modo que hay gente que se aclimata a la vida en el Ártico o en el desierto, es concebible pensar que Pablo y Elena llegaran a acostumbrarse a vivir en un estado permanente de exaltación erótica. De hecho, alcanzaron tal éxito en su empeño que se convencieron de que la situación podía prolongarse de forma indefinida, preservando sus vidas intactas en lo externo, amándose en secreto, tan en secreto que ni siquiera el otro lo supiera nunca. En semejantes condiciones de precariedad, es comprensible que el amor se vea obligado a subsistir de migajas. Y sus migajas consistían en buscar esos fugaces encuentros en el rellano, en el portal y en el ascensor. O en espiarse a través del patio de luces y tratar de captar la silueta del otro en la sombra de una cortina. O la visión fugaz de una mano, un hombro desnudo, el contorno del busto. En el mejor de los casos, observar al otro a escondidas en el momento de tender o recoger la ropa, o hacerse los encontradizos e intercambiar algunas palabras de una terraza a la otra, observaciones triviales sobre el frío, el calor y la lluvia que, sin embargo, volaban a través de la atmósfera húmeda del patio como flechas encendidas. Pero

lo que más echaban de menos era precisamente lo que más irrita a casi todos los que viven en edificios de pisos. Ellos habrían dado cualquier cosa por ocupar viviendas contiguas, ya que de ese modo podrían atesorar los vestigios sonoros de la presencia del otro: el repiqueteo de una ducha o el fragor de una cisterna, un bostezo o una carcajada, el tintineo de los cacharros en el fregadero, retazos de una conversación mantenida en voz alta, pasos apresurados a lo largo del pasillo... Con cada sonido crecería la consoladora ilusión de que ocupaban un mismo espacio. Se sentirían una pareja unida por la intimidad de sus ruidos cotidianos. Por desgracia, Elena y Pablo ocupaban las viviendas exteriores de la planta, y entre ambas había otro piso que hacía imposible el contacto acústico: la vivienda identificada con la letra B. Elena apenas conocía a sus propietarios. Sabía que la había comprado una pareja de provincias, y que la mantenían desalquilada por miedo a las posibles jugarretas de los inquilinos. Conservaban el piso vacío para cuando sus hijos estuvieran en edad de ir a la universidad, y de momento ni siquiera se habían molestado en amueblarlo. A veces hacían alguna breve visita para limpiar y ventilar, pero el resto del tiempo el piso permanecía cerrado. Elena no recordaba haberlos visto en más de dos o tres ocasiones. Pablo ni siquiera los conocía de vista. Para ellos dos, aquel piso vacío era como un muro de hormigón interpuesto entre sus deseos. En ocasiones imaginaban cómo la voz del otro, que tanto anhelaban oír, se filtraría hacia la vivienda deshabitada y oscura, donde las desnudas paredes la amplificarían y harían reverberar como en una gran caja de resonancia. Y allí quedarían atrapadas las voces de ambos, llenando con su cálida vibración aquel lugar donde nadie había para disfrutarlas. A ellos, en cambio, sólo les llegaban los mil odiosos ruidos de sus vecinos del primero y el

tercero, lo que les hacía sentirse todavía más huérfanos y despojados de su mutua presencia sonora. Pero se habían resignado a la idea, igual que al hecho de que nunca iban a sentir el vértigo del abrazo del otro. Y su amor continuó sin cambios: intenso, furtivo y en la distancia. Hasta que empezaron a oír aquellos ruidos en el piso vacío. De los dos, Elena fue la primera en notarlos. Ella no trabajaba fuera de casa, por lo que, tras llevar a las niñas al colegio, pasaba sola la mayor parte de la mañana. Estaba limpiando los azulejos del baño cuando oyó nítidamente el ruido de una ducha en el piso de al lado. Luego le llegó el sonido de una voz femenina tarareando una canción que Elena identificó enseguida. Se trataba de un viejo bolero que conocía muy bien, pues había sido una de las canciones favoritas de su madre. De niña la había oído cantar infinidad de veces, siempre en momentos de felicidad doméstica, como cuando la mujer planchaba junto a la ventana llena de sol y ella, demasiado pequeña todavía para ir al colegio, permanecía a su lado sentada en una sillita, escuchando la voz bien templada de su madre y sumándose al estribillo con su voz diminuta de niña de tres años. Su madre había muerto cuando ella aún estaba en la adolescencia, y desde entonces Elena se había adueñado de la melodía del bolero como si de un legado familiar se tratara. Había adoptado la costumbre de cantarlo o tararearlo cada vez que se sentía dichosa. De jovencita lo canturreaba con frecuencia. Más adelante recordaba haberlo cantado el día de su boda y el día en que nació su hija mayor. Pero después había encontrado cada vez menos ocasiones de hacer uso de la canción, y el bolero había acabado por enmudecer dentro de ella. Y ahora aquella desconocida que se duchaba en la casa de al lado había usurpado su melodía y la usaba con el mayor descaro, como si le perteneciera desde siempre. Elena sin-

tió una oleada de rencor que le dejó un regusto ácido. Luego se dio cuenta de lo irracional de su reacción y siguió limpiando los azulejos, aunque con movimientos mucho más enérgicos, casi rabiosos. En la casa de al lado, el sonido de la ducha había cesado y la voz apenas se oía, como si su propietaria se hubiera trasladado a expresar su insultante alegría en otra habitación. Durante un instante le pareció que oía también una voz masculina, pero los ruidos se extinguieron enseguida. Elena pensó que debía tratarse de la hija de los propietarios, quien quizá ya tendría edad para empezar la universidad. Entonces cayó en que se encontraban en febrero y no le pareció lógico que una estudiante ocupara un piso a esas alturas de curso. Tal vez los dueños del piso se hubieran decidido a alquilarlo después de todo y la voz fuera la de una nueva inquilina. Pero llevaba meses sin notar movimiento en el piso de al lado, y le parecía muy raro que hubieran podido acondicionar y amueblar la vivienda sin que ella notara nada. El asunto se le antojó intrigante. Incluso se sintió un poco asustada. Se asomó al patio interior con cautela para ver si notaba algo extraño, pero las ventanas del piso de al lado tenían las persianas bajadas, y la galería no había sido limpiada y seguía mostrando la misma colección de trastos polvorientos. En apariencia la casa continuaba desocupada, lo que convertía a la cantante de la ducha en una presencia extraña e inquietante. Poco después, cuando salió para recoger a las niñas del colegio, se detuvo ante la fachada del edificio y elevó la vista hacia el segundo piso. También desde aquí la vivienda contigua a la suya seguía pareciendo deshabitada, con todas sus persianas bajadas sin consentir la menor rendija. Elena sintió un nuevo pinchazo de alarma. Luego se encogió de hombros y se dijo que estaba actuando como una vieja chismosa. ¿Y si la hija de los vecinos

había empleado el piso de sus padres para tener un encuentro con su novio y no deseaba hacer pública su presencia? Mirándolo objetivamente, nada de aquello representaba una amenaza para ella ni para su familia ¿Qué derecho tenía, pues, a indagar en un asunto que no le concernía? Y aquí acabaron sus reflexiones, ya que en ese momento vio a Pablo acercarse por la acera y su corazón se saltó tres latidos. «Buenos días. ¿Qué? ¿A por las niñas?» Ella asintió y trató que su tempestad interior no le asomara al rostro. «Sí, sí. Siempre de arriba para abajo. Para que luego digan que las amas de casa no trabajamos.» (Dios mío, esa sonrisa, ese modo de entornar los ojos y de fruncir los labios.) «Pues ya ves. Yo hoy he librado. Unos días de vacaciones que me deben. Bueno, te dejo que llevarás prisa». Y se ocultó en el portal antes de que su vecina se diera cuenta de que estaba temblando como un gorrión. «Podría haberle mencionado lo de los ruidos en el piso vacío», se dijo ella. «A lo mejor así lo habría retenido un par de minutos más.» Pero enseguida se felicitó por no haberlo hecho. Lo último que deseaba era que Pablo la tomara por una vulgar maruja. Por motivos similares se abstuvo de mencionarle el asunto a su marido cuando éste volvió a casa, ya casi a la hora de la cena. Había sido un día difícil y Elena no tenía el cuerpo para sarcasmos ni burlas. Después pasaron dos semanas sin que los ruidos y las voces se repitieran y casi llegó a olvidarse del asunto. A Pablo, en cambio, le llegó el turno de sobresaltarse apenas un par de días después. Eran cerca de las diez, pero estaba solo en casa, pues a Julia le tocaba turno de noche en el hospital. Había pasado las últimas dos horas perdiendo el tiempo delante del televisor. Embrutecerse con una sesión de zapping le parecía un remedio contra la angustia tan efectivo como cualquier otro. El pulgar pulsaba el botón de cambio de canal a inter-

valos regulares, sin que la voluntad tuviera nada que ver en ello. Los trocitos de programa se mezclaban en una especie de caldo catódico que carecía por completo de significado, pero que, sin embargo, poseía un eficaz poder analgésico. De este modo Pablo dejaba de hacerse preguntas que le resultaban dolorosas, como por ejemplo de dónde venía esa sensación de ser un farsante, de estar viviendo una vida que no le correspondía, cuando cualquiera en su lugar se sentiría más que satisfecho y bendeciría su suerte. No le gustaba que Julia lo viera así. Ella no era culpable de lo que le estaba pasando. Al contrario. Le había dado mucho más de lo que merecía. Por eso trataba de disimular cuando estaba junto a su compañera, y reservaba los episodios de abatimiento para los momentos que pasaba a solas. Esa noche ni siquiera sentía el frecuente impulso de espiar a Elena por las ventanas del patio interior, pues sabía que un éxito no haría sino empeorar su estado. Lo único que logró despertarlo de su letargo fueron las ganas de orinar, de modo que se incorporó del sofá, flexionó un par de veces las rodillas a fin de desentumecer las piernas y se dirigió hacia el baño. En mitad del pasillo oyó los ruidos y se detuvo en seco. De la vivienda de al lado, que Pablo creía vacía, surgían voces, el murmullo de una conversación. Los interlocutores hablaban en un tono suave, casi en susurros, pero aun así era posible distinguir que se trataba de un hombre y una mujer. Acercó la cabeza al tabique y las voces crecieron en intensidad, aunque no por ello pudo entender lo que decían. En un par de ocasiones oyó risas, y después empezó a sonar una música suave y las voces callaron. Pablo se sorprendió imaginando que la pareja estaba bailando. Tuvo una clara visión del hombre y de la mujer abrazados y oscilando al compás de la música, ella con la cabeza reclinada sobre el pecho del hombre, él acariciando

su pelo y su espalda. Cuando al cabo de unos minutos la música cesó, Pablo no pudo evitar sonreír. Se dijo que su imaginación se estaba volviendo tan calenturienta como la de un adolescente. Luego hizo exactamente lo mismo que Elena había hecho un par de días antes, es decir, se asomó al patio de luces y observó las ventanas del piso contiguo. Al igual que su vecina, comprobó que ambas ventanas permanecían clausuradas por las persianas. La oscuridad reinaba en el patio. Ni el menor vestigio de luz se filtraba desde el piso de al lado. Pablo se sintió extrañado y pensó en llamar al timbre para salir de dudas. Luego la ocurrencia le pareció ridícula, más propia de su abuela que de una mentalidad urbana y contemporánea como la suya. Las ganas de orinar, apaciguadas durante unos minutos volvieron entonces con redoblada urgencia. «Se lo mencionaré mañana a Julia cuando vuelva del hospital», pensó. Pero al día siguiente lo había olvidado por completo. Al cabo de una semana, no obstante, tanto Elena como Pablo tuvieron sobradas razones para preocuparse por los misteriosos inquietos del piso de al lado. Como si éstos acabaran de regresar de unas vacaciones, una infinidad de ruidos cotidianos empezó a filtrarse a través de los tabiques. Se oían voces y risas, la voz femenina que tarareaba boleros añadió nuevas piezas al repertorio, mientras que la masculina destrozaba temas pop en un inglés inventado, igual que Pablo hacía al afeitarse. Los pasos que surcaban el pasillo a cualquier hora del día, el manar de los grifos, el zumbido del extractor de humos de la cocina, el rumor del televisor, el universo sonoro de cualquier hogar se manifestaba con toda la naturalidad de lo cotidiano, salvo por el detalle de que la vivienda seguía pareciendo desocupada desde el exterior: nadie entraba ni salía, y sus ventanas permanecían cerradas y oscuras. Elena deseó disponer de un modo

de localizar a los propietarios. Pero no tenía nada, ni siquiera un nombre para poder mirar la guía telefónica, y le parecía ridícula la idea de indagar por otros medios. Sin embargo, empezó a tener tanto miedo que decidió poner al corriente a José, su marido. Tal como había imaginado, José se rió de ella. Le dijo que la inactividad le estaba haciendo imaginar cosas, y le sugirió que dedicara más tiempo a las tareas domésticas y menos a pegar la oreja a las paredes. Para colmo de males, era como si los ocupantes del piso vacío estuvieran al tanto de cuándo ella estaba sola en casa, o de los momentos en que José se encontraba fuera del radio de acción de los ruidos; con una sincronización sobrenatural, éstos cesaban tan pronto como ella llamaba a su marido para que los escuchara. Finalmente Elena decidió que lo mejor sería esperar acontecimientos, aunque eso significara seguir pasando miedo a solas. Tal vez los ruidos y las voces cesaran de la misma forma repentina e incomprensible en que habían empezado. Pero los ocupantes invisibles del piso de al lado siguieron manifestándose con el mayor descaro, aunque únicamente para ella, de modo que Elena llegó a pensar que podría tratarse de fantasmas, o que su marido tenía razón y tantas horas de soledad le estaban aflojando las neuronas. Su único consuelo era pensar en Pablo. A solas en la penumbra del pasillo, cuando los fantasmales inquilinos del 2º B la asustaban con sus ruidosas ocupaciones, Elena se abrazaba a su imagen mental de Pablo y se sentía reconfortada, incluso protegida. Aunque después su sensación de desamparo crecía al darse cuenta de lo sola que estaba en realidad. En un par de ocasiones en que encontró al Pablo de carne y hueso en la escalera sintió como si una mano invisible la empujara hacia él. Durante un vertiginoso instante se imaginó a salvo entre sus brazos. Pero logró contenerse,

como siempre, y ni siquiera pudo reunir valor para preguntarle si también él había oído los ruidos y las voces desde su piso. Si lo hubiera hecho tal vez las cosas habrían cambiado entre los dos, pues lo cierto es que Pablo compartía la misma preocupación que ella, así como el temor de estar perdiendo el juicio. También él llevaba días escuchando a las «presencias» del piso de al lado. Igual que le ocurría a Elena, empezaba a sentir pánico cada vez que en su casa se colaban aquellos ruidos incomprensibles, aquellas voces de gente que no debería estar ahí. Él, sin embargo, no había dudado en hacer partícipe a su compañera de la extraña situación, aunque el resultado había sido idéntico al obtenido por Elena con su marido, es decir, tan pronto como Julia aparecía, los ruidos se apagaban y el piso contiguo recuperaba su quietud de vivienda vacía. Julia nunca puso en tela de juicio la salud mental de su pareja, pero lo cierto es que, tras fracasar varias veces al intentar oír a «los Otros» (así los llamaba ella en broma), empezó a mirar a Pablo de una manera un tanto extraña. Eso al menos le parecía a él, que Julia lo miraba con cara rara, por lo que acabó tomando la misma decisión que ya había tomado Elena, es decir, quedarse callado y esperar acontecimientos. La verdad es que se moría por poder compartir sus temores con ella, sobre todo la mañana en que se encontraron en el portal y sorprendió aquella expresión demudada en la cara de su vecina. Por un instante tuvo la certeza de que Elena estaba oyendo también los ruidos y de que podría hallar en ella la comprensión que Julia le había negado. Quería decírselo, tender por fin un puente entre ambos, pero en el último momento se echó atrás por miedo a que ella lo tomara por loco o por idiota. Al final se intercambiaron un saludo y unas palabras corteses, y luego cada cual siguió su camino sin sospechar que, además de su amor

candente y desesperanzado, ahora los unía también el secreto de sus vecinos invisibles. Luego todo continuó prácticamente igual durante meses, y si bien ninguno de los dos llegó a acostumbrarse del todo a la situación, la corriente de lo cotidiano acabó por arrastrar aquella alarma del principio y casi dejaron de sentir miedo. Entonces llegaron los primeros días de calor y, como le ocurría todos los años, Elena empezó a sentirse casi optimista. Un día le dio por explorar su armario en busca de algo que le sentara bien y le diera un aspecto más juvenil. Encontró un vestido de algodón, escotado y con falda corta que ya había olvidado que tenía. Recordó haberlo comprado el último verano que José los llevó a un hotel en la playa, cuando su hija pequeña era prácticamente una recién nacida. Desde entonces no había vuelto a usarlo, pero esta vez no pudo resistir la tentación de probárselo y le sorprendió comprobar que la prenda aún le venía. Después entró en el baño y se maquilló ante el espejo. Y de este modo bajó a la calle para recoger a las niñas del colegio. Ella misma se sentía como una niña en plena travesura. Caminó hacia el colegio disfrutando de las miradas de admiración que atraía, y también de los gestos de envidia o censura de las otras madres. También le gustó, de una forma suavemente perversa, que sus hijas no la reconocieran a primera vista, y que luego llamaran a sus compañeras de clase para que vieran lo guapa que estaba mamá. Pero el auténtico premio lo obtuvo al regresar a casa, cuando coincidió con Pablo en la puerta de la calle. Él debía de haberse tomado el día libre, pues venía ataviado con camiseta y vaqueros, como cuando se conocieron. Estaba tan atractivo que a Elena se le formó un nudo en la garganta. Pero lo sorprendente fue la reacción de su vecino al verla a ella. Fue sólo un instante, un gesto fugaz, pero Elena habría jurado que lo que vio en la cara de Pablo era

deseo. Y con esa misma impresión entró en su casa poco después. Aunque hubiera sido sólo durante un segundo, estaba casi segura de que Pablo la había deseado. Y ahora sus piernas parecían de cera derretida, las manos le temblaban y apenas acertaba a hacerles el bocadillo a las niñas. Tuvo que encerrarse en su alcoba para que sus hijas no la oyeran llorar. Sollozó durante un buen rato con la cabeza bajo la almohada. Después, sin ser del todo consciente de lo que hacía, alzó su falda de algodón y empezó a deslizar la mano derecha dentro de sus bragas. Al terminar, mientras se limpiaba con una toallita humedecida y restauraba el orden de la alborotada colcha, no pudo evitar sentir un aguijonazo de culpabilidad. Se sentía trastornada y fuera de lugar, como si otra Elena muy distinta hubiera tomado el timón de su cuerpo. ¿Qué habría pensado en caso de saber que, a algunos metros y unos pocos tabiques de distancia, Pablo se masturbaba recordándola con su vestido de algodón? Pero pronto llegó el momento de preparar la cena y Elena tuvo que regresar al orden doméstico, lo que esta vez casi le supuso un alivio. Hoy José salía temprano de trabajar y le gustaba que la cena lo estuviera esperando al llegar a casa. También Pablo preparaba una cena fría para él y para Julia, que aquella semana tenía turno de día. A las ocho y media ambas familias estaban cenando. La de Elena al modo tradicional, con mantel y en torno a la mesa; Julia y Pablo sentados en el sofá de la salita con una bandeja de canapés ante ellos. Y entonces empezó. Fue de repente, sin progresión ni clímax, igual que cuando se abre la compuerta de una represa. La intensidad de los ruidos era tan grande que en el piso vacío parecía estar cometiéndose un crimen violento. Pero enseguida se impuso la auténtica naturaleza de aquellos gritos, golpes y gemidos. Lo que se oía era el ruido inconfundible de una pareja copulando,

pero multiplicado por cien o por mil. Tan enorme era el entusiasmo de los amantes que el ruido de su actividad parecía provenir de todos los rincones de la casa, como si una gran orgía se hubiera desatado de forma simultánea en cada una de las habitaciones, como si se estuviera proyectando una película «x» con el volumen a toda potencia. Sin embargo, parecía tratarse de una única pareja. Un solo hombre que bramaba como un toro en plena monta. Una sola mujer que chillaba y gemía a cada embestida, estimulando a su compañero con gritos de ánimo. La pasión de los amantes barrió los dos pisos contiguos como una tormenta. Las paredes empezaron a temblar con sus embestidas. De modo simultáneo Elena y Pablo sintieron el mismo miedo: si ellos eran los únicos que podían oír aquel alboroto, era que definitivamente estaban perdiendo la razón. Pero les bastó con mirar a sus compañeros para darse cuenta de que no era así. La cuchara de José se había quedado congelada en su mano y él miraba asombrado hacia la pared que separaba su comedor del piso de al lado. Los cuadros y adornos se movían al compás de las vibraciones, y los gritos atravesaban el tabique como si estuviera hecho de papel. «¿Pero qué coño...?», repetía José sin acabar de hacer la pregunta. Las niñas habían dejado de comer y hacían pucheros. Al principio ella sintió júbilo al darse cuenta de que ahora no iban a tener más remedio que creerla. Luego se sintió extraña, ausente. Como si en realidad estuviera en otro sitio. Una sensación muy parecida a la que Pablo tenía en aquel mismo instante, mientras miraba la cara sorprendida de Julia y trataba de poner en orden sus emociones. Mañana tendría que hablar con ella. Mañana tendría que tomar algunas decisiones importantes.

* * *

La agente inmobiliaria entró en su casa y corrió a esconderse en el cuarto de baño. No quería que su compañero la viera de aquel modo, con la ropa desordenada, el pelo revuelto y el maquillaje esparcido por toda la cara. El sexo le quemaba y el cuerpo entero le dolía como si le hubieran propinado una paliza. Los sollozos agitaron sus hombros mientras se desnudaba para darse una ducha. Aunque suene paradójico, la agente inmobiliaria habría encontrado consuelo en la idea de que había sido violada. Pero no quería engañarse. Lo que le había ocurrido no había sido una violación, sino una especie de arrebato de locura.

El piso era céntrico y amplio. Tan pronto como el matrimonio propietario se puso en contacto con su agencia, supo que no tardaría mucho en alquilarlo. Le rogaron que se esforzara por encontrar inquilinos responsables, pues reservaban el piso para cuando sus hijos empezaran la universidad. Pero aún faltaban un par de años para eso y deseaban obtener algún beneficio de su inversión. Ella les dio todo tipo de garantías. Esa misma tarde ya había un cliente interesado, un militar casado y con tres hijos. Le dijo que su destino no era definitivo y que la familia no residiría en la ciudad más que un par de años. Justamente lo que los propietarios habían pedido. La agente inmobiliaria quedó con el cliente a las ocho y media en la puerta del edificio. El militar fue puntual.

El portal era oscuro y húmedo y el ascensor no funcionaba. No era un buen comienzo. Subieron por la escalera y ella no dejó de hablar, tratando de distraer al cliente con su cháchara profesional. «Muy céntrico... a un paso de la boca del metro... dos colegios en la zona... sí, por supuesto, un barrio muy seguro... una auténtica ganga...». Se detuvieron ante la puerta del 2º B y la agente inmobiliaria introdujo la

llave en la cerradura. La puerta se abrió con un chirrido. Dentro la oscuridad era absoluta. Olía a moho y polvo. A espacio cerrado. Otra mala señal.

La agente inmobiliaria entró y buscó el interruptor a tientas. Una bombilla se prendió revelando las desnudas paredes. El cliente la siguió y ella le pidió que cerrara la puerta. «Como verá...», dijo volviéndose hacia él. Y no dijo nada más.

Más tarde la agente inmobiliaria recordaría el comienzo de *El último tango en París*, cuando Marlon Brando y María Schneider coinciden en un piso en alquiler y terminan amándose sobre el suelo. Había sido algo parecido, sólo que mucho más repentino y violento. Volcánico. La agente inmobiliaria había copulado con aquel desconocido sobre el suelo del recibidor. Después se habían arrancado la ropa mutuamente para continuar apareándose en el salón, en la cocina y en los dos dormitorios. Se habían revolcado sobre las frías baldosas y poco les había faltado para derribar alguna pared con sus acometidas. Eran dos extraños en una situación formal, pero se habían poseído como bestias en celo, como si aquella cópula desesperada fuera una cuestión de vida o muerte.

Había durado una media hora. Luego el frenesí se había disipado del mismo modo repentino en que empezó. El cliente parecía asustado, casi a punto de llorar. Había recogido sus ropas precipitadamente y había salido huyendo. Tras quedarse sola, la agente inmobiliaria se tomó su tiempo. Buscó sus prendas por toda la casa. Las bragas estaban desgarradas y uno de los tirantes del sujetador se había roto. Por suerte el resto de su ropa, aunque arrugada y polvorienta, aún servía. No estaba asustada ni nerviosa, todavía no. Se vistió despacio sintiéndose vacía, desposeída. Luego apagó las luces, salió y cerró la puerta dándole dos vueltas a la llave.

